

**A PIE
DE CALLE**CATALINA
Gayà

Perdidos en busca del mar

Son suizos y aunque el padre aseguraba que no estaban perdidos, hacía rato que estudiaban un mapa en la parada de metro de Marina. Llevando camiseta de la selección española, intentaban entender cómo llegar al aeropuerto. Yo había acudido a las paradas de Marina, Bogatell y Poblenou para saber si es leyenda o realidad eso de que haya turistas perdidos por el Poblenou. Los suizos eran los primeros turistas que veía, eran las 10.10 horas y hacía rato que, en esa acera, se cruzaba esa Barcelona que se va a la playa y la que coge el metro para ir a trabajar. En menos de media hora, me convertiría en un improvisado 010. El suizo, es cierto, nunca admitió que estaba desorientado. De hecho, dijo, Barcelona le parecía mejor señalizada que las carreteras suizas. Fue el único.

Maria Reyes y Àngels García, dependientas de un estanco-boutique (lo han leído bien), explicaban que en esa parada de metro no solo se pierden los turistas en busca del mar; también los barceloneses en busca de las pompas fúnebres. ¿Por qué el estanco-boutique? Porque les prohibieron tener cajetillas de taba-

co en el mostrador y, decía **María**, se ve «abandonado» sin nada. Viva la creatividad. Bogatell era mi segunda parada: no tardaba en localizar a dos chicas cargando tremendas maletas.

Bajaban por la calle de Zamora a pie; encontraban un puente; veían de refilón el ascensor con vistas a la nada que hay en esa calle y, de frente, se topaban con un vaivén de muchachos arrastrando carritos de la compra llenos de hierro. Ellas dos caminaban, paso decidido, hacia algún lado y, por un momento, pensé que eso del turista sin brújula era un mito. Error. La zancada confiada en esa calle industrial era para despistar al ladronzuelo. Famas barcelonesas. En el metro de Bogatell, se detenían. Por fin, un mapa. Buscaban la calle de Pallars y, sí, estaban perdidas. ¿Es difícil orientarse? Eso aún no lo sabían porque era su primera visita a Barcelona. De momento, había sido complicado entender cómo funciona el tren –«No el metro», decía **Tessa**–, qué diferencia había entre las zonas 1, 2 y 3 y nunca encontraron la lógica que explica los andenes en Sants. Yo me convertía en el 010. ¿Y el mar? No se ve ni se huele, pero está cerca, decía yo. Se llaman

Tessa y Michella, son holandesas y Pere IV las tenía despistadísimas.

En Poblenou, la semana pasada había encontrado a dos cruceristas. Un profesor de golf del barco y un miembro de la tripulación. Buscaban una tienda de deportes para comprar 100 pelotas de golf. Cuando los vi, hacía media hora que daban vueltas por el barrio buscando la calle de Llull. «No hay mapas», se quejaba uno. Ayer, en la parada de Bogatell, una empleada del metro explicaba, primero a unos italianos y luego a unos ingleses, qué significa la T-10. Los ingleses se perdían en un vagón. Los italianos, decían, era la primera vez en su vida que se montaban en un metro. ¿Perdidos?

Robos hormiga

► Totalmente. Era ella la que empezaba el listado de robos hormiga del que últimamente muchos turistas se quejan. Aseguraba que el taxista los había paseado y les había cobrado de más. Los dejaba en el largo pasillo del paseo de Gràcia. Otra italiana, atenta a la charla, añadía que eso sucedía en el mercado, en los bares, en los peajes y en algún bus. La lista me dejaba tan sorprendida que llamaba a un amigo británico. ¿Sucedé? «Claro».

En la próxima crónica, la lista completa del robo hormiga –ahora faltan 20 céntimos al cambio y luego un euro– en Barcelona. ■



apiedecalle@elperiodico.com